

FILOSOFÍA E INTELECTUALISMO EN *TIGRE JUAN* DE RAMÓN PÉREZ DE AYALA

Marta Manrique Gómez
Middlebury College, EE.UU.

Dejando al margen los precedentes del mundo grecolatino, no son muchos los mitos que se han abierto camino realmente destacado en la historia de las artes, aunque existen casos en los que su presencia resulta casi inabarcable y, por ello, su legado cultural está aún por ser valorado en su totalidad. Buen ejemplo de ello es el mito de Don Juan, hilo conductor que ha dado tantos y tan reconocidos frutos no solo en todos los géneros literarios, sino también en otras manifestaciones artísticas y de pensamiento como la escultura, la pintura, el cine, la filosofía o la ópera¹, entre otras. En concreto, si existe un mito por antonomasia que ha pretendido representar la idiosincrasia del hombre español, este es, probablemente, el mito literario de Don Juan. La actitud prepotente y desafiante ante la vida y las mujeres que le caracteriza le ha permitido superar tanto al creador que lo engendró, Tirso de Molina, como la obra original de la que partió, *El burlador de Sevilla o convidado de piedra*, hasta llegar a superar las barreras temporales, geográficas y culturales de España y conseguir instalarse con fuerza en el ideario colectivo de las culturas más remotas. El hecho de que la figura de Don Juan, un prototipo humano y poderoso en lo literario, haya hecho su aparición inicial en el periodo barroco no es algo que deba ser obviado, pues la literatura y sus tipos suelen ser el producto directo de una necesidad estética, de un gusto social y de un reflejo de la sociedad de cada momento.

En concreto, el personaje de don Juan y todos los personajes que con él interaccionan son el espejo directo de las preocupaciones más conflictivas y contradictorias de su sociedad. Por ello, si para la sociedad del barroco español los aspectos imperantes son el amor, la muerte y la religión; tales aspectos nutren también la propia esencia o historia de Don Juan.

No obstante, debido al abundante número de autores que ha escrito sobre nuestro Don Juan, son muchas las diferencias y variantes con las que se le ha representado a lo largo de las diferentes épocas. Por ejemplo, las primeras interpretaciones de este personaje y, consecuentemente, las más cercanas al original, se deleitan en mostrar a un hombre muy próximo al animal, burdo de comportamiento, burlador impío que no tiene miedo a morir. En tales interpretaciones no existe nada ni nadie que pueda frenar al inhumano monstruo, ni ética ni moral. Más adelante, durante la época de la Ilustración, los autores muestran a un Don Juan más calculador y refinado, rayando muchas veces el cinismo, tal es el caso del *Don Juan* de Molière y el *Don Giovanni* de Lorenzo Da Ponte. Con la llegada del Romanticismo, la meditación y la aventura se apoderan de nuestro héroe y ahí tenemos por ejemplo al *Don Juan* amado y apasionado aventurero de Lord Byron, y al modelo terrible, insolente y demoníaco

¹ Algunas de las obras literarias dedicadas a la recreación del mito de Don Juan desde sus orígenes son: Tirso de Molina, *El burlador de Sevilla o convidado de piedra* (1630); Molière, *Don Juan o el festín de piedra* (1665); Antonio de Zamora, *No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague y convidado de piedra* (1744); W. A. Mozart, *Don Giovanni* (Ópera, 1787. Libreto de Da Ponte); Prosper Mérimée, *Las ánimas del Purgatorio* (1834); Dumas padre, *Don Juan de Maraña o la caída de un ángel* (1836); Tolstoi: poema dramático (1860); José Zorrilla, *Don Juan Tenorio* (1844); Lord Byron, *Don Juan*. Salvador Dalí en la escultura y la pintura (siglo XX); Alexander Korda, *La vida privada de Don Juan* (1934); Vincent Sherman, *Las aventuras de don Juan* (1948); Ingmar Bergman, *El ojo del demonio* (1960); Joseph Losey, *Don Giovanni* (1979); Jeremy Leven, *Don Juan de Marco* (1994), en el cine.

de José de Espronceda. Con el tiempo su figura pierde dinamismo y gana terreno en lo filosófico, complementando siempre la búsqueda incansable de lo irreal y lo lejano. Algunos donjuanes posteriores se caracterizan, entre otros muchos aspectos, por su fuerte intelectualismo, y dentro de esta categoría cabe destacar el *Don Juan* de Derek Wacott y *Tigre Juan o el Curandero de su honra* de Ramón Pérez de Ayala, obra en la que el autor proporciona un análisis intelectual y filosófico del mito. Si tenemos en cuenta este breve repaso de los distintos perfiles que recorre el mito y comparamos las características del primer Don Juan con las del último, se puede llegar a la conclusión de que poco o nada tienen que ver entre sí estos donjuanes. Entonces, ¿quién es Don Juan? ¿cuál es su verdadera esencia y cómo podemos representarlo? La respuesta no es sencilla y cada autor trata de responderla a su manera y desde su propia época y perspectiva personal, y así lo ha hecho también R. Pérez de Ayala. En su obra *Tigre Juan* y a modo de reflexión despliega un profundo análisis de la situación del hombre español ante la modernidad y la tradición literaria.

En relación a las diferentes versiones tanto nacionales como internacionales de la historia de Don Juan se repiten dos aspectos esenciales: primero, la gran capacidad de Don Juan para renacer transformándose y, segundo, su enorme plasticidad ya que, por una parte, es un relato abierto, permeable a las circunstancias de lugar y tiempo, que no pierde su identidad primaria (Becerra Suárez 261); por otra parte, es un objeto común del que todos se apropian, pero sin agotarlo jamás. En lo que se refiere a la identidad primaria a la que Becerra Suárez alude, podemos afirmar que la mayoría de las descripciones psicológicas que encontramos en la literatura de la figura de Don Juan presentan pocas variantes en los aspectos relacionados con la perspectiva del hombre seguro de sí mismo, burlador donde los haya, atractivo, rico, caballeresco, cauto y dominado por los sentidos que aparece por primera vez en la obra original de Tirso. Don Juan es un hombre predeterminado a un destino muy concreto y no puede escapar de él. Don Juan no tiene alternativa posible, no puede escaparse del ciclo infinito de muerte, aventura y conquista que le caracteriza y atrapa. De hecho, paradójicamente, él mismo perdería su identidad si olvidara las bases míticas de su personaje. No obstante, esta tendencia se rompe en la novela de R. Pérez de Ayala, ya que, a diferencia de otras versiones bien conocidas de la leyenda donjuanesca, en las que sus autores replican el argumento central, pero alteran la presencia de algunos personajes y eventos: en ella el donjuanismo es revisado desde la perspectiva de lo real, es decir, partiendo de la mirada de personajes de carne y hueso, de personajes que conviven en la mundana realidad, pero que a la vez se encuentran profundamente influidos por los mensajes asociados a la idea del donjuanismo.

Un resumen del argumento de *Tigre Juan* de R. Pérez de Ayala es ofrecido a continuación: sobre el señor Juan Guerra, alias Tigre Juan, pesa el fuerte recuerdo de un matrimonio desgraciado. De ahí deriva la aberración y el desprecio que siente hacia todas las mujeres. Su sobrino Colás, quien vive en la misma casa que él, es desdeñado por una joven y marcha como voluntario a la guerra. Una vecina de Tigre Juan, doña Iluminada, que siente por él un afecto desinteresado, lo acerca a Herminia, la misma mujer que desdeñó a Colás. Tigre Juan se enamora violentamente de Herminia y esta termina por casarse con él, cediendo a las presiones sociales, pero sin auténtico consentimiento. Colás regresa herido de la guerra y se enamora de otra joven, Carmina, y los dos se escapan. Herminia, insatisfecha con su monótona vida y la falta de oportunidades por ser mujer, desea huir como sea de su propio entorno y lo intenta con un comerciante ambulante, Vespasiano Cebón, quien comparte varias características con el personaje donjuanesco. Al huir, ella se da cuenta del amor que siente por su marido Tigre Juan y desprecia a Vespasiano, el otro Don Juan de la obra, quien, tal y como cabe esperar, le demuestra que es incapaz de comprometerse más allá del capricho momentáneo. El adulterio entre ellos no se ha consumado, aunque las apariencias parezcan afirmarlo. Tigre Juan ha sentido toda su vida una gran obsesión por el honor matrimonial y con la fuga de Herminia le llega la ocasión de aplicar sus teorías. Ciego de dolor, comprende que una venganza sangrienta no arreglaría nada y decide perdonar a su mujer. Ha comprendido que el verdadero honor es la propia virtud de cada uno y no la ajena opinión. Con ello, primero, moderniza a su personaje con un toque de libertad, segundo, lo intelectualiza al separarlo de los convencionalismos religioso y social y, por último, le concede un hijo que le llena de felicidad.

Tal y como se desprende del enrevesado y original argumento, la novela de R. Pérez de Ayala no se define por la complejidad de los asuntos tratados, sino por la manera en que revisa ciertos temas problemáticos para la sociedad española y especialmente por la puesta en marcha de soluciones prácticas para superarlos. Amorós precisa que “su verdadera intención es escapar de los límites impuestos por las tradiciones anteriores y crear algo nuevo y distinto en lo relativo al hombre y la masculinidad, el honor, el amor y el fatalismo y la representación de la familia” (Amorós 35). Por ello, en el transcurso de la novela, los personajes evolucionan de la incomprensión a la comprensión. En otras palabras, los personajes sufren a causa de los errores y prejuicios que el respeto de los valores tradicionales de la sociedad les ha inculcado y, una vez que consiguen superarlos, una plena felicidad se abre ante ellos.

El personaje principal de la obra, Tigre Juan, presenta ciertas variantes en comparación a los modelos de Don Juan que aparecen en las obras anteriores. En concreto, ya no posee el título de don, característica esencial del donjuanismo, pero sí se le conoce como Tigre. Este apodo que hace referencia a un animal salvaje, le permite a Ayala satisfacer un doble objetivo: por un lado, ilustrar que la leyenda original ha evolucionado tanto que ha llegado a afectar a la propia reputación de Don Juan, la cual es ahora aterradora y salvaje. Por otro lado, que el propio Don Juan ha cambiado debido a que no ha habido nadie en la sociedad a lo largo de los siglos que haya conseguido domesticarlo. Sobre la figura del Tigre Juan de Ayala también pesa una leyenda, aunque se trata de una leyenda muy distinta a la del Don Juan original, ya que en su caso su apodo se lo han puesto las personas de su pueblo para destacar dos aspectos esenciales de su personalidad: primero, el daño irreparable que le causó a su primera mujer: “decíase que era viudo y había asesinado a su primera mujer” (111) por haberle sido infiel con otro hombre, y, segundo, el hecho de que su personalidad y comportamientos diarios se acercaban más a los del felino que a los del hombre: “era taciturno y ponderoso. Estando a solas en su puesto se le veía quieto y amodorrado, con soñolienta pereza de caimán. Desperezábase y bostezaba despaciosamente, tediosamente, ruidosamente, como un gran felino o un canónigo obeso” (111). Esta descripción de Tigre Juan no coincide con el modelo típico de Don Juan al que estamos acostumbrados, un joven atractivo, activo, insaciable, romántico, libertino, etc. A pesar de ello, Ayala no hace desaparecer por completo de su obra el modelo de Don Juan anterior, sino todo lo contrario, ya que lo inserta de dos maneras: la primera, a través de las discusiones que Colás y Tigre Juan mantienen en privado en numerosas ocasiones a lo largo de la obra. La segunda, a través de la presencia de un tercer personaje llamado Vespasiano, quien vive de acuerdo con la idea del donjuanismo y con el que Tigre Juan mantiene una relación especial. A partir de ello, Pérez de Ayala revisa los posibles significados y contradicciones relacionados con la idea del donjuanismo y el significado de la verdadera masculinidad para poner en cuestionamiento la idea de quién es realmente Don Juan y si merece la pena comportarse y vivir de acuerdo con dicha idea.

Por un lado, Colás define al verdadero hombre, y no como un Don Juan, sino más bien “como alguien que ama seguido, y sin cansarse a una sola mujer” (224). Por ello, en su opinión, Don Juan es un “hombre no muy hombre” porque “va de mujer en mujer” (111). Por otro lado, Tigre Juan no solo aprueba el comportamiento de Don Juan, sino que también lo ensalza como “el vengador de todos los demás hombres infelices” (111) y pone todo el peso negativo en la figura de la mujer, ya que, en su opinión, “las mujeres son precisamente las que causan todo el sufrimiento de los hombres” (112). Argumenta que “la sociedad se compone de hombres y las mujeres son criaturas sexuales con apetitos insaciables que deben ser contenidos en beneficio del varón” (112). Aunque Tigre Juan no llega a personificar las características de este hombre ideal, sí llega a creer en Don Juan, encarnado en la figura de Vespasiano, como el ídolo de la masculinidad. Vespasiano es un joven comerciante con el que Tigre Juan mantiene cierta amistad, pero quien al mismo tiempo le hace sentir inferior e incompleto: “Tigre Juan le amaba como su otra mitad ideal; el otro yo, que él hubiera preferido ser, dotado con la gracia que al propio yo de todo punto le faltaba” (112). Vespasiano parece tener todo lo que Tigre Juan no tiene, ya que “es un comerciante guapo, con una belleza decadente de emperador romano o de señora madura en libertinajes” cuyo atractivo y comportamiento insinuante y lisonjero le permiten tener “una novia en cada puerto” (113). A pesar de su aparente amistad, Vespasiano interfiere en la vida personal de Tigre Juan al robarle a su esposa, Herminia, a quien convence y engatusa del siguiente modo:

- Me lo prometiste; me lo juraste. Dijiste que me querías.
- Connmigo te llevo, prenda mía, dondequiera que voy, dentro del corazón. Te quiero, sí; te quiero con locura. No hay mujer que así me perturbe, sino tú.
- Calla, calla. No mientas.
- Te quiero con locura. Por lo mismo, las locuras las haré yo; pero no he perdido el juicio al extremo de consentir que tú las hagas. (223)

Como Don Juan, Vespasiano controla las relaciones con las mujeres –decide su intensidad, su duración, y aun si existen o no. Además, solo es capaz de “amar” sin establecer vínculos permanentes con la otra persona. Aborda a Herminia con expresiones del tipo: “porque te quiero, sultana mía, no te ato, ni me ato. Nada de ataduras. Una cosa es el marido, y el amado es otra cosa” (224). Para Vespasiano, el amor depende de la libertad porque así uno de verdad puede disfrutar de la relación. Dicho sentimiento nos remite al discurso presente en el *Don Juan* de Molière (229-31), en el que el libertino justificaba intelectualmente su abandono continuo de las mujeres.

Llegados a este punto podríamos preguntarnos: ¿qué razones han movido al personaje de Don Juan desde sus orígenes a desear compulsivamente a la mujer que pertenece a otro hombre? ¿se trata quizás de un acto de envidia? ¿por qué los hombres de edad avanzada como Tigre Juan envidian ser como Don Juan y los hombres jóvenes como Colás lo desprecian? ¿Nos está quizás indicando R. Pérez de Ayala que el donjuanismo es un problema del pasado que hay que superar porque ya no tiene espacio ni cabida en la moderna sociedad de su propia época? El mismo planteamiento misógino de Tigre Juan evoluciona a lo largo de la novela y especialmente después de contraer matrimonio con Herminia. De hecho, evoluciona tanto que termina alineándose con el pensamiento original de Colás. Factores como el honor y la honra son importantes en el cambio de perspectiva que este experimenta. En realidad, Herminia es también engañada más por la idea ficticia que Vespasiano representa que por lo que este es en realidad: “Vespasiano era para Herminia un grito lírico: la evasión. Evasión actual de su imaginación y evasión venidera de ella misma, desde el insípido mundo cotidiano hacia la libertad del ancho mundo” (203). Dicho engaño al que Herminia estaba sometida la lleva a consumir una fuga del domicilio familiar con Vespasiano. Antes de escaparse, duda y reflexiona sobre ello, pero alcanza sus propias conclusiones: sabe que Vespasiano no es una persona muy honorable, pero no le importa porque para ella representa una posible huida de la opresiva sociedad que la rodea al no estar feliz en un matrimonio que percibe como impuesto y soñar continuamente con aventuras románticas, así que decide, por fin, darse a la fuga y seguir a Vespasiano, “comprometiendo de esta forma su honra y la de Tigre Juan” (Paredes Méndez 489).

No obstante, en lo que sigue, Vespasiano, azorado como un niño, suplica a Herminia que regrese a su hogar para seguir viviendo su existencia irresponsable llena de infidelidades y despreocupación. Su figura no puede resultar más cómica, insignificante y despreciable. Herminia expresa toda su desdeñosa conmiseración en lo siguiente (229). Herminia regresa a casa con más entendimiento tras descubrir cómo es el verdadero Vespasiano. Es precisamente la fuga de Herminia la que pone en cuestionamiento el honor y la honra de Tigre Juan y la que le induce al cambio. El adulterio no se ha consumado, a pesar de que las apariencias parezcan afirmarlo y todo el mundo hable de ello como si fuera algo real. A pesar de ser el hazmerreír de todos, Tigre Juan “comprende la inutilidad y el absurdo de la venganza del honor” (378) y “que éste posee una base más sociológica que moral” y que está más compuesto por “el chisme, la leyenda, [y] el decíase” (374) que por la propia virtud de los individuos. Además, descubre que la verdadera esencia del honor verdadero es el amor de sí propio, ya que las opiniones de cada uno son las que verdaderamente importan o al menos las que verdaderamente deben importar. Una vez superado este conflicto social, Tigre Juan decide perdonar a Herminia a pesar de las habladurías. En este aspecto estriba la verdadera diferencia entre Tigre Juan y Don Juan, y quizás la verdadera aportación de Pérez de Ayala al conjunto de obras en torno al mito. Don Juan, a pesar de ignorar continuamente las normas sociales mediante su comportamiento inmoral, no puede escapar de ellas, porque, sin el código de honor y su insistencia en mantener a las mujeres protegidas y escondidas, no podría existir. Sin embargo, el Tigre Juan de Pérez de Ayala supera las ataduras del código de honor, desarrolla el suyo propio y con ello se humaniza y salva su relación con Herminia. En otras palabras, consigue ser un hombre bueno inclinado por su propia intuición y desprecia la imposición de las normas sociales. En ese momento, el personaje de Tigre Juan excede a

Vespasiano, a ese otro yo que era objeto de su deseo y rompe definitivamente con la idea del donjuanismo. Con ello, se cumple el planteamiento de Marañón: “el hombre verdaderamente viril, en cuanto es un hombre maduro, deja de ser Don Juan” (43).

El presente trabajo ha pretendido rescatar del olvido y profundizar en el conocimiento de una genial obra artística sobre el mito de Don Juan y, de alguna manera, enriquecer nuestra visión de la idea del donjuanismo con nuevas interpretaciones y nuevos sentidos. A pesar de las múltiples transformaciones que han atravesado tanto el mito como el origen de la leyenda sobre Don Juan, así como el texto y sus variados cambios de género, que van del relato al teatro a la ópera, al cuento, a la novela, al poema, etc., la historia contada nunca es la misma. Sin embargo, aquello que ha preservado al Don Juan como mito de lo masculino hasta la obra de R. Pérez de Ayala es su personaje. En su obra donjuanesca, R. Pérez de Ayala nos presenta un personaje diferente que evoluciona a lo largo del transcurso de la obra. Es decir, primero, nos aporta una visión inicial de Tigre Juan fuertemente cargada de prejuicios irracionales. Después, despoja al personaje de la influencia de tales prejuicios y lo libera de todas sus ataduras ideológicas y, finalmente, lo humaniza y moderniza, es decir lo equipara al hombre pleno y con ello termina superando al mito.

Bibliografía

AMORÓS, Andrés (1972): *La novela intelectual de Ramón Pérez de Ayala*. Madrid: Gredos.

BECERRA SUÁREZ, Carmen. (2011): “El mito de Don Juan en el cine: de Moliere a Jacques Weber”, en *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura* 748: 259-267.

MARAÑÓN, Gregorio (1946): *Don Juan: Ensayos sobre el origen de su leyenda*. Madrid: Espasa-Calpe.

MOLIÈRE (2017): *Don Juan o el festín de piedra*. Barcelona: Penguin Clásicos.

PAREDES MÉNDEZ, María Francisca (2006): “De princesas y hadas madrinas: la cárcel de género en *Tigre Juan y el curandero de su honra* de Ramón Pérez de Ayala”, en *Hispania* 89.3: 482-491.

PÉREZ DE AYALA, Ramón (2001): *Tigre Juan. El curandero de su honra*. Madrid: Cátedra.